

Por Marcos Ordóñez:

Por fin he visto “Todo es de color”, de Gonzalo Garcia Pelayo. Notas tomadas a toda velocidad: qué imprevisible, o hablando en plata, qué libre. Uno no sabe cómo van a ser los próximos diez minutos, por qué praderas o que laberintos va a enfiar ese caballo desbocado.

Como casi siempre en su cine, las secuencias magistrales (ese maravilloso travelling “elevado”, en todos los sentidos, que abre la ceremonia) alternan con pasajes que rozan lo chirriante (las escenas humorísticas en el camping, aunque el salero de Alfonso Sánchez y el guirigay de Jorge Cadaval te acaban ganando), los discursos altisonantes con lo desnudamente auténtico. Atrapa con gran fuerza la esencia trianera, los hermosos valores hippies, la melancolía por un pasado irrepetible y la alegría de una manera de vivir que sigue latiendo a toda máquina, del mismo modo que “Quiero tener una ferretería en Andalucía”, de Carles Prats Puyalto, atrapó el perfume y el anhelo de Joe Strummer. Qué sevillana, qué hermana de la Escuela de Barcelona y qué californiana es “Todo es de color” : a ratos tiene el aire convulso de “The Trip” de Corman. Y qué invicto corsario, como dijo Jordi Costa, es el gran Javier Garcia-Pelayo narrando sus épicas vidas anteriores, saliendo de un mal viaje gracias al encuentro con una anciana que habla con la verdad sencilla y pura de una reina griega, e instruyendo luego a la muchacha que busca su camino (y a todos nosotros) acerca de la fuerza del amor. No es un documental, no es una road movie, no es un ritual para devolverle la vida a los muertos, y es todo al mismo tiempo. Nunca fui fan de Triana, pero creo que entiendo mucho mejor su música y su espíritu después de ver este manifiesto rarísimo, desigual, poderoso y setentino como pocos.